

*Caídos por España,
mártires de la libertad.
Víctimas y conmemoración
de la Guerra Civil en la España
posbélica (1939-2006)**

José Luis Ledesma

Instituto Universitario de Florencia

Javier Rodrigo

Universidad Nacional de Educación a Distancia

Resumen: Hablar de la «memoria» de la Guerra Civil española es hacerlo del recuerdo colectivo de sus víctimas. Desde el final mismo de la contienda y hasta la actualidad, los «caídos» de uno y otro bando, militares y, sobre todo, civiles, han simbolizado y articulado el recuerdo de la contienda y, en muchos casos, dramáticamente reducido su complejidad. La omnipresencia en los espacios públicos conmemorativos durante la dictadura de Franco de los «caídos por España» se vio transmutada en invisibilidad de todas las víctimas durante el proceso de democratización post-dictatorial. Recientemente, esa invisibilidad está desapareciendo, a raíz del último ciclo de exhumaciones de víctimas de los vencidos, los «mártires de la libertad». De los usos y abusos de esas víctimas como icono pretérito declinado en el presente y, en definitiva, de las continuidades y discontinuidades en el recuerdo colectivo de la Guerra Civil, de sus empleos y manipulaciones, trata este artículo.

Palabras clave: Guerra Civil española, víctimas, franquismo, conmemoración colectiva, políticas de la memoria, democracia.

Abstract: Collective «memory» of the Spanish Civil war (1936-1939) has historically been shaped by its victims' collective remembrances. Since the very end of the conflict and until the actual days, the military and civil «fallen» from both national sides have been profusely used as a symbol of

* Con nuestro agradecimiento a Santos Juliá por sus apreciaciones. José Luis Ledesma participa en el proyecto de Investigación HUM2005-01779 y Javier Rodrigo en el proyecto de Investigación HUM2004-04516/HIST.

the conflict —and, many times, to reduce its complexity. The omnipresence of the «fallen for Spain» during the Franco's dictatorship changed into an official invisibility of all the victims during the transition to Democracy. And recently (since 2000) that invisibility is disappearing, due to the last cycle of exhumations of republican victims, the «liberty martyrs», from mass war graves. This article deals with the uses and abuses of those victims, and with the continuities and discontinuities on the collective remembrance of the Spanish Civil war.

Keywords: Spanish Civil War, victims, Franco's dictatorship, collective remembrance, politics of memory, democracy.

Lo dijo poco antes de morir Manuel Vázquez-Montalbán. En la España de hoy, la Guerra Civil sigue persiguiendo al presente. Persiste en no ser una latitud cualquiera del pasado, y tal vez no lo haya sido nunca. Pero a su constante actualidad se une desde hace algunos años su presencia inundatoria, conflictiva y contradictoria en los discursos públicos de todo tipo, desde las denuncias asociativas respaldadas por instituciones como Amnistía Internacional, hasta las declaraciones de alguien como Manuel Fraga, quien señalaba respecto de las fosas comunes de republicanos fusilados y de los símbolos franquistas existentes aún hoy que «hay cosas que es mejor que se queden donde están [...] hay que dejar en paz la Historia»¹. Fraga se oponía a que en España se abra una «guerra de la memoria», con la movilización social y política conocida como «recuperación de la memoria histórica». Pero sus afirmaciones suponen la mejor prueba de que esa «guerra» está ya abierta y que algunos temen o tienen mucho que perder con su desarrollo.

Lo que en última instancia se dirime tras el interés hacia el pasado por parte de actores políticos, institucionales, privados y asociativos es la lucha por el control y la gestión de la «memoria», y con ello de las identidades que ésta alimenta. En esto España no constituye una excepción, aunque su peculiaridad radicaría tal vez en los distintos tiempos de esa presencia del pasado, así como en su inusitada y creciente intensidad y en su esporádica virulencia. Se reproducen en este país las mismas referencias a los «usos políticos» y «públicos de la historia», al «síndrome» de un pasado «incómodo» «que no pasa», a la

¹ *Il Corriere della Sera*, 16 de noviembre de 2005, p. 15. El informe de Amnistía Internacional, en <http://www.es.amnesty.org/esp/docs/victimasfranquismo.pdf>.

«consagración» e incluso «saturación» de la memoria que resultan hoy recurrentes en las narrativas sobre el siglo XX europeo. También a la Península Ibérica llega la tendencia al *grand nivellement* de las memorias y las víctimas del pasado que recorre, para Regine Robin, nuestro mundo. Tanto al sur como al norte de los Pirineos, el pasado está «de moda» y los referentes colectivos tienden a buscarse antes bien en el ayer que en el presente o en cualquier tipo de horizonte futuro. Y al igual que en otros países, el pasado que obsesiona, irrumpe y se recupera es el de las latitudes más dramáticas y conflictivas de la historia reciente —guerras mundiales y civiles, experiencias dictatoriales y de ocupación, el nazismo, el estalinismo—. El mismo cuyo reconocimiento responsable y crítica determinan hoy, según Tony Judt, la memoria moderna y la identidad europeas².

Y tampoco difiere España en el hecho de que, como rasgo definitorio de su actual «emergencia», la memoria occidental parece estar revestida de un deber cívico y se vehicula a través de la ubicuidad e incluso sacralización de las «víctimas». Éstas pueden ser las del Holocausto —emblema moral contemporáneo por excelencia—, las de otros fenómenos bélicos y represivos o, en las versiones revisionistas, las de los regímenes revolucionarios y comunistas. Pero serán siempre, para concretar aún más, víctimas mayoritariamente civiles³. En efecto, lo que nutre en España la mirada hacia los años 1936-1939 no es la Guerra Civil en bloque. Es fundamentalmente, en una suerte de dramática reducción *a posteriori* del conflicto, el conjunto de las prácticas represivas desencadenadas en guerra y posguerra. Y, sobre todo, sus víctimas. En realidad, así es desde los años cuarenta. Por eso, y por lo que pueden tener de icono, parece oportuno utilizar la genealogía, construcción, presencias, instrumentaciones y usos de esas víctimas para acercarnos a la manera en que ha sido representada y conmemorada la Guerra Civil española. A semejante labor, elaborada desde una perspectiva general y de largo recorrido, dedicaremos este artículo.

² ROBIN, R.: *La mémoire saturée*, París, Stock, 2003, y JUDT, T.: *Postwar: a History of Europe since 1945*, Londres, Penguin Press, 2005.

³ WINTER, J.: «La memoria della violenza: Il mutamento dell'idea di vittima tra i due conflitti mondiali», en BALDISSARA, L., y PEZZINO, P. (eds.): *Crimini e memorie di guerra*, Nápoles, L'ancora del Mediterraneo, 2004, pp. 127-141.

Mártires y caídos: conmemoración y encuadramiento durante la dictadura

Durante los años de la dictadura de Franco las únicas víctimas de la Guerra Civil conmemoradas oficialmente, homenajeadas políticamente y resarcidas económicamente por el Estado fueron los «mártires» y los «caídos por Dios y por España». Llegada la clausura de la contienda española, la lucha no cesó en el plano simbólico y político. La dictadura se había instaurado a través de una sangrienta cruzada y desde el comienzo ligó su suerte e identidad al mantenimiento de ese mito fundacional. Aquello era «una victoria sin compromiso ni perdón» y sólo cabían maniqueos binomios vencedores/vencidos, España/anti-España y una «presencia abrumadora y obsesiva» de la «Guerra de Liberación». Una presencia que construía un pasado épico, mitologizado y fetichizado, pero con la que se imponía una «desmemorización» y una «cultura del olvido» de la República y Guerra Civil reales y de los ideales y culturas políticas de los vencidos. Y precisamente era eso, junto a la eliminación física de miles de republicanos, lo que mantenía la unidad de la coalición vencedora en el marco de una estrategia ritual nacionalcatólica y una cultura política definida por conceptos como la «purificación» y la exclusión⁴. Concebido como una auténtica estrategia política, ese recurso constante a la guerra se convirtió en eje vertebral de la específica «memoria histórica distorsionada» del Nuevo Estado, y fue difundido con todo lujo de medios por la totalidad de las instancias propagandísticas y políticas del régimen y sus apoyos sociales⁵. La legitimidad de la Nueva España provino de su Victoria en la Santa Cruzada de Liberación, y los guardianes de esa legitimidad eran sus muertos. Por ello, hasta la muerte del general Franco solamente hubo una política de la memoria posible: la de sus propios caídos, por Dios y por España, omni-

⁴ RICHARDS, M.: *Un tiempo de silencio. La guerra civil y la cultura de la represión en la España de Franco, 1936-1945*, Barcelona, Crítica, 1999, y RODRIGO, J.: *Cautivos. Campos de concentración en la España franquista, 1936-1947*, Barcelona, Crítica, 2005. Lo anterior, en AGUILAR, P.: *Memoria y olvido de la Guerra Civil española*, Madrid, Alianza, 1996, y COLMEIRO, J. F.: *Memoria histórica e identidad cultural. De la postguerra a la postmodernidad*, Barcelona, Anthropos, 2005, pp. 43-46.

⁵ PRESTON, P.: *La política de la venganza. El fascismo y el militarismo en la España del siglo XX*, Barcelona, Península, 1997, p. 90.

presentes exactamente en la misma medida que invisibles eran las otras víctimas.

En la España de la posguerra se confirmaba que «las estructuras elementales de la memoria colectiva residen en la conmemoración de los muertos» y que «la recuperación de los muertos para las más diversas causas es la tentación más compartida del mundo»⁶. También aquí fueron las muertes de la guerra el núcleo fundamental, y a menudo único, de esa política hacia el pasado. Evocar a los «caídos» franquistas muertos en los combates y, sobre todo, a los aproximadamente 55.000 «mártires» ejecutados por los republicanos devino así en el elemento nuclear de las representaciones de la Guerra Civil. Tal cosa convertía a las víctimas en emblemas morales, reificados e investidos de todos los valores de la Nueva España. Construía una imagen de la contienda teñida de sangre que legitimaba *a posteriori* tanto la sublevación militar de 1936 como las políticas de la dura posguerra. Hacía que prevaleciera una atmósfera de miedo, pero también de perpetuo «duelo» por los desaparecidos. Y emborronaba y sancionaba la implacable represión ejercida contra los vencidos «rojos», que eran reducidos a rasgos identitarios negativos y sanguinarios y quedaban así completamente eliminados del discurso oficial, público y conmemorativo. En ese sentido, las autoridades lo tenían claro: no cabía lugar para el olvido. Semejante mensaje era perfectamente audible desde la cúspide del Estado hasta el último rincón de la maquinaria dictatorial de los vencedores: «La sangre de los que cayeron por la Patria no consiente el olvido, la esterilidad ni la traición»⁷.

Como configurador de las mentalidades individuales y grupales, como vía de aprendizaje político, ideológico, cultural o tradicional, el recuerdo colectivo es un elemento central para la continuidad simbólica y la legitimación retroactiva de las identidades del grupo. Y hoy son bastante conocidos cuáles fueron los vehículos de esa memoria oficial durante la dictadura. Los medios de socialización masiva puestos al servicio de un Estado totalitario (como la prensa, Radio Nacional de España, los noticiarios del No-Do), el denominado «cine heroico» de los años cuarenta y cincuenta, la depurada e ideologizada

⁶ TRAVERSO, E.: *Le passé, modes d'emploi. Histoire, mémoire, politique*, París, La Fabrique, 2005, p. 14, y CHAUMONT, J. M.: *La Concurrence des victimes: génocide, identité, reconnaissance*, París, La Découverte, 1997, p. 14.

⁷ ABC, 1 de abril de 1942, p. 15.

educación del franquismo —libros de texto de historia y formación del espíritu nacional— mostraron para toda una generación de niños la «España roja» a partir de términos como «matanzas», «partidos sedientos de sangre», «revolución sanguinaria crudelísima [de] horriblos crímenes incomparables» o «mártires de la fe»⁸. Un sinfín de libros de historia de la guerra coadyuvó durante lustros a la producción de una memoria de la contienda que la presentaba como cruzada religiosa y patriótica contra la barbarie y el terror comunistas. Y también ayudó a ello la Causa General, un gigantesco esfuerzo propagandístico llevado a cabo para registrar la totalidad de víctimas del «terror rojo» y justificar así *a posteriori* el régimen franquista de cara «a la opinión mundial» y «a la Historia»⁹. Todos ellos eran canales diarios de una representación de la guerra excluyente impuesta desde el poder que convertía a los ausentes en referentes políticos de los vivos y que comportaba para los «rojos» culpables de su martirio la expulsión simbólica —y en muchos casos real— del cuerpo social e identitario de la nación.

Pero, junto a ellos, estaban también los «lugares de la memoria»; los espacios y rituales del recuerdo que, mediante la conmemoración de la guerra y de sus víctimas «nacionales», servían para fijar, estructurar y construir un particular pasado. Desempeñaron ese papel las múltiples conmemoraciones que salpicaron la posguerra y todo el país de homenajes a los mártires de la Cruzada cada 18 de julio (aniversario del inicio de la guerra), 1 de abril (de su final), 29 de octubre (día de los Caídos), 20 de noviembre (día de luto oficial y aniversario de la muerte de José Antonio), así como las misas de réquiem celebradas en cada localidad en recuerdo de los vecinos «vilmente asesinados por las hordas marxistas» y que aparecían anunciadas diariamente en la prensa nacional. Y cumplieron también esa función los espacios físicos y monumentos que invadían lo cotidiano para recordar la guerra y elevaban las víctimas al panteón nacional y local. Esos instrumentos de un recuerdo construido eran numerosos. Pueblos y ciudades se llenaron de rótulos de calles dedicadas a José Antonio, a

⁸ BALLESTEROS, A.: *Síntesis de Historia de España*, 6.ª ed., Barcelona, Salvat, 1945, pp. 554-556, y SERRANO DE HARO, A: *España es así*, 21.ª ed., Madrid, Escuela Española, 1962, pp. 290-293.

⁹ Decreto de 26 de abril de 1940: Creación de la Causa General, en el *Boletín Oficial del Estado*, 4 de mayo de 1940, pp. 3048-3049, y *Causa General. La dominación roja en España*, Madrid, Ministerio de Justicia, 1943, pp. iii-vii.

las víctimas locales o simplemente a los «mártires», con lo cual se situaba a éstos en el centro de la relación entre los habitantes y su espacio urbano. En todas partes aparecieron placas y lápidas que, «con el fin de perpetuar la memoria» de los «mártires» y «caídos», arrojaron al tiempo durante décadas sus nombres desde la fachada de la iglesia y los cementerios de cada localidad. Y por doquier surgieron cruces y monumentos dedicados a las víctimas que teñían de recuerdo plazas mayores, camposantos y lugares donde se habían producido las muertes. Todos esos «lugares» y celebraciones formaban parte de la ritualización y homogeneización del espacio y del tiempo necesarias a toda (re)construcción de una nación, sistema político o grupo, como la que estaba teniendo lugar en la España posbélica. Y su función no se ligaba únicamente a su presencia física cotidiana. Debía ser asimismo espacio de conmemoración; escenario de comunión política en el que los vencedores de la guerra se vieran reconocidos¹⁰.

Por supuesto, el más significativo de todos ellos, la mejor metáfora de la relación que el Nuevo Estado quería establecer con el pasado bélico, era el mausoleo del Valle de los Caídos. Concebido por el propio Franco «para perpetuar la memoria de los Caídos de nuestra gloriosa Cruzada» y construido entre 1940 y 1959 con el empleo de la mano de obra forzosa de presos políticos, reposan en él los restos del dictador, de José Antonio y de otras 33.872 víctimas de la guerra, casi todos ellos del bando «nacional»¹¹. Asunto que nos lleva, además, a otra de las dimensiones de la práctica conmemorativa de posguerra. La propia gestión física de los cadáveres de caídos y mártires era ocasión y vector de esa práctica. Un conjunto de disposiciones gubernamentales fomentó y reguló la búsqueda y exhumación de quienes habían sido fusilados y enterrados clandestinamente por los «rojos». De inmediato, con todas las instancias estatales al servicio de la tarea, comenzaron en todo el territorio nacional las exhumaciones de «már-

¹⁰ GILLIS, J. R. (ed.): *Conmemorations. The Politics of National Identity*, Princeton University Press, 1994. Sobre los monumentos, los muertos y la memoria, véanse WINTER, J.: *Sites of memory, sites of mourning. The Great War in European Cultural History*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995, y CAPDEVILA, L., y VOLDMAN, D.: *Nos morts. Les sociétés occidentales face aux tués de la guerre*, París, Payot, 2002.

¹¹ SUEIRO, D.: *El Valle de los Caídos. Los secretos de la cripta franquista*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2006, y el documental *La memoria es vaga (Memory is Lazy)*, dirigido por Katie HALPER.

tiros», los trabajos forenses de identificación y los funerales religiosos. Por último, y dando lugar a nuevas escenografías conmemorativas, el proceso acababa con el traslado de los restos mortales y su inhumación definitiva. Pero en ocasiones iba aún más lejos. En el área de Madrid, donde hasta 1948 hubo al menos 1.115 cadáveres exhumados identificados (y otros sin identificar), muchos de esos cuerpos eran enterrados en Paracuellos del Jarama, donde «era criterio oficial reunir en [su] Camposanto todos los Mártires de la Cruzada de Madrid y su Provincia», al menos «en forma provisional hasta que se concluyan las obras del Valle de los Caídos»¹². En efecto, a partir de mediados de 1958, desde Paracuellos y desde otros muchos puntos del país fueron llegando miles de cuerpos y eran de nuevo inhumados en medio de un poderoso despliegue de actos litúrgicos y propagandísticos, convirtiendo el lugar en una enorme necrópolis franquista de la guerra y de la memoria.

Aunque sin la grandiosidad de Cuelgamuros, es tanto o más significativo el hecho de que la mayor parte del país se vio asimismo sembrada de espacios conmemorativos; de monumentos que, consagrados a las víctimas locales, representaban reproducciones locales del Valle de los Caídos por toda la geografía española. Si, como señaló Frances Yates, el ejercicio de la memoria incumbe asociaciones entre ideas e imágenes de un espacio, las presencias físicas de estos monumentos situados en los lugares nucleares de la vida comunitaria resultaron ser privilegiados constructores de específicas representaciones del pasado¹³. Y la promoción, impulso y masiva utilización que el régimen hizo de ellas demuestran que conocía sus eventuales frutos políticos. Lo demuestran también las condiciones en que fueron ideados y erigidos los monumentos. En primer lugar, la precaria situación económica de posguerra no fue obstáculo para que los años cuarenta presenciaran un incontenible torrente de proyectos de tales monumentos por todo el país. Lo importante era participar de esa misión impuesta por la cúpula del Nuevo Estado y no dejar cada localidad fuera de un proyecto para el que las directrices eran estrictas y recurrentes.

¹² Archivo Histórico Nacional, Causa General (AHN, CG), legajo 1536: Pieza Especial «Exhumaciones de Mártires de la Cruzada», ramo núm. 2, f. 165 (10 de julio de 1942), y ramo núm. 1, f. 70 (24 de noviembre de 1946).

¹³ YATES, F. A.: *The Art of Memory*, Chicago, Chicago University Press, 1966.

En segundo lugar, ese mismo rígido control y supervisión estatales componían la otra gran coordenada del proceso conmemorativo. Los monumentos debían ser «piedras en honor al sacrificio», sacralizados «por la presencia de la santa cruz» y destinados a perpetuar el recuerdo de la violencia y a convertir la sangre vertida por los «mártires» en culto colectivo. Se añadía a ello una minuciosa y laboriosa reglamentación que hacía pasar cada proyecto de monumento, para su examen, por incontables instancias gubernamentales¹⁴. Entre los elementos de evaluación, estaba la ubicación de estas construcciones, que debían ser erigidas en lugares céntricos, abiertos, frecuentados y/o bien visibles. Importantes eran asimismo los argumentos de orden estético. El criterio ideal para erigir los monumentos lo constituían la sobriedad y la uniformidad en todo el país, que se lograban huyendo de obeliscos, figuras humanas y composiciones «barrocas» y, sobre todo, otorgando un protagonismo absoluto a la figura de la cruz. Fuera por razones estéticas, técnicas o burocráticas, al menos cuatro de cada diez de los proyectos y solicitudes que hemos podido consultar fueron rechazados, cuestionados o sujetos a obligadas modificaciones. Ahora bien, se trataba en última instancia de un control político. Como indicaba el delegado provincial de Propaganda de Navarra, el objetivo era «prevenir que en los pueblos [...] se erijan monumentos sin el debido control», sin el control del Estado¹⁵.

Sin embargo, el panorama no sería completo si redujéramos el fenómeno a una única dirección. El masivo proceso conmemorativo, como la totalidad de sus políticas de memoria, no era sólo una estrategia totalitaria programada unívocamente desde la maquinaria estatal. Era un fenómeno más complejo donde se daban cita proyectos estatales y locales, prácticas colectivas, códigos culturales e intereses individuales. En realidad, la Guerra Civil, con su terrible corolario de sufrimientos, división y sangre, constituía una base material y objetiva para que tales estrategias encontraran cierta audiencia popular. Gracias a ese fondo, esas políticas del recuerdo no se redu-

¹⁴ El proyecto se entregaba finalmente para ser valorado a la Vicesecretaría de Educación Popular y la Dirección General de Arquitectura (Órdenes de 7 de agosto de 1939 y 30 de octubre de 1940, Decreto de 1 de abril de 1940 y Ley de 20 de mayo de 1941). La citada directiva, en Archivo General de la Administración, Alcalá [AGA]: Cultura, legajo 21/5372: Madrid, 8 de noviembre de 1939.

¹⁵ AGA: legajo 21/5373, núm. 37. Nuestro muestreo de esos proyectos y solicitudes, más de 160, se hallan en AGA: Cultura, 21/5370-5374.

cían a un *diktat* o imposición sobre una población supuestamente pasiva y manipulable. Se alimentaba de unas específicas condiciones sociales; en particular de los procesos de desestructuración social, cultural e identitaria que para las clases populares y los vencidos acrecentaron la posguerra, el masivo éxodo rural y el desarrollo económico de los años cincuenta y sesenta. Se nutría también, y a su vez los reforzaba, de valores, temores y afanes de exclusión y de venganza anclados en determinados sectores de la sociedad desde los años treinta¹⁶. Y en ciertas circunstancias, como por ejemplo prueban el estricto control del Estado y la mencionada anulación de muchos proyectos conmemorativos, daba pie a divergencias entre las prácticas locales y estatales.

Resulta ciertamente difícil poder perfilar con precisión las interacciones recíprocas entre dichos valores sociales y las prácticas conmemorativas, y resulta todavía arriesgado tratar de indagar en cómo estas últimas fueron recibidas por el fondo neutral de la sociedad. Ahora bien, existen algunos indicios de que el Estado no era el único actor de esas prácticas. Sobradamente conocido es hoy el protagonismo de la Iglesia. La jerarquía católica había prestado todo su apoyo a la causa de Franco y la había sancionado como «Cruzada» religiosa. Y aunque la curia romana frenó hasta 1987 las beatificaciones y canonizaciones, su papel sería el de colaborador y promotor principal de las políticas de memoria franquistas¹⁷. De este modo, la Iglesia no sólo afianzó su legitimidad y privilegiada posición en el franquismo mediante el recuerdo constante de los 6.832 religiosos asesinados durante la guerra. Extendió asimismo la categoría de mártir y de persecución religiosa, apropiándose de sus muertes, a la totalidad de las víctimas del proceso revolucionario.

Pero otros muchos actores participaron en el hecho conmemorativo. Así, es significativo que muchas de las prácticas procedían no tanto del propio Estado cuanto de grupos, asociaciones e instancias de tipo privado y local. Por ejemplo, prácticamente todos los monumentos eran pagados y costeados por ayuntamientos, familiares de

¹⁶ RICHARDS, M.: «From War Culture to Civil Society. Francoism, Social Change and Memories of the Spanish Civil War», *History & Memory*, 14, 1-2 (2002), pp. 93-120, y CAZORLA, A.: «Beyond “They Shall Not Pass”. How the Experience of Violence Reshaped Political Values in Franco’s Spain», *Journal of Contemporary History*, 40, 3 (2005), pp. 502-520.

¹⁷ CASANOVA, J.: *La Iglesia de Franco*, Barcelona, Crítica, 2005.

las víctimas y, mediante suscripciones públicas y privadas, por particulares. De igual modo, la inmensa mayoría de esos espacios conmemorativos partía de propuestas elaboradas por comisiones locales compuestas por las autoridades municipales y «fuerzas vivas», asociaciones privadas y parientes de los «mártires». De hecho, el verdadero origen de muchas de esas iniciativas era precisamente la actuación y presión de esas asociaciones de ex combatientes, ex cautivos y familiares. Los ejemplos podrían multiplicarse. En Guadalajara, era la Hermandad de Familiares de Caídos local la que solicitaba y obtenía la colocación de sendas lápidas conmemorativas. No lejos de allí, la Asociación de Familiares de los Mártires de Paracuellos del Jarama y Torrejón de Ardoz hacía ver la luz a finales de 1939 la iniciativa del monumento en un lugar tan relevante como Paracuellos, y poco después gestionaba, como hiciera también la más amplia Asociación de Mártires de la Cruzada de Madrid y su provincia, el traslado a esa localidad de los cadáveres exhumados en otras poblaciones. Sin salir de Madrid, la exhumación y la conmemoración monumental de las víctimas del Cuartel de la Montaña surgían por iniciativa de la respectiva Hermandad de Madres y Familiares de Caídos¹⁸. Y así, asociaciones similares, delegaciones de ex cautivos y simples grupos de familiares eran los promotores de prácticas conmemorativas por todo el país. Formaban un frente común que, lejos de limitarse a servir de meros agentes del proyecto franquista, lo nutrían con su duelo, su recuerdo obsesivo y sus derivas políticas. Conmemorar a «sus muertos» era una manera de excluir de la escena pública a los vencidos mediante su criminalización y eliminación simbólica. Pero esa conmemoración era también, para ellos y para todos los apoyos sociales del franquismo, una forma de autorreconocimiento social, un vector conformador de identidades políticas. Una vía para integrarse en el régimen mediante una demanda pública cuyo cumplimiento significaba para el régimen de Franco, además, una fructífera fuente de legitimidad¹⁹.

Una legitimidad a la que, si bien con diferentes modos y sumada a otros elementos constitutivos de su política de memoria, el Estado

¹⁸ AGA: Cultura, 21/5371-5372; AHN: CG, 1536 (1), núm. 1-17.

¹⁹ Sobre *collective remembrance*, WINTER, J., y SIVAN, E.: «Setting the framework», en WINTER, J., y SIVAN, E. (eds.): *War and Remembrance in the Twentieth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999, pp. 6-39 (p. 9), y KERTZER, D. I.: *Ritual, Politics and Power*, New Haven, Yale University Press, 1988.

franquista jamás dio la espalda aunque su intensidad se redujese desde finales de los años cincuenta. El nuevo contexto internacional, la evolución de la sociedad española y la aparición de una generación y unas clases medias menos próximas a la vieja propaganda permitieron y exigieron al régimen ofrecer un nuevo discurso político sobre el pasado. Del mismo modo que en 1964 ya no se conmemoraba la Victoria sino los Veinticinco años de Paz y que términos como «Cruzada» venían sustituidos por el de «Guerra Civil», la centralidad pública de las víctimas se fue atenuando. Sin embargo, eso no significaba eliminar de un plumazo dos décadas de agudos usos públicos del pasado. En primer lugar, la dictadura nunca abandonó completamente las referencias míticas a la guerra ni se permitió prescindir del recurso a sus víctimas para sostener las identidades políticas que la definían²⁰. En segundo término, en cierto modo era ya tarde: tras tantos usos y abusos de una memoria de la guerra que fue «una mezcla [...] de ideología militar y teología católica macerada en tres años de guerra civil y en una década de aislamiento internacional»²¹, las víctimas de un bando —y la ausencia de las del otro— y el recuerdo de la sangre se habían convertido ya en elementos insoslayables de la memoria colectiva para al menos toda una generación. Por último, el cambio discursivo no implicaba que el franquismo dejara de interesarse por moldear las representaciones de la contienda civil. Significaba que prealecía desde ahora una lectura diversa, más aséptica y políticamente desactivada, basada en la idea de la «guerra entre hermanos» y en el rechazo «ético» a (revivir) la guerra. Que «los anclajes valorativos a los que iba unida» la lectura anterior «se habían relajado y disipado lo suficiente como para que otra representación de la historia pudiese ser asumida oficialmente». Se trataba de reconstruir una «memoria hegemónica» desde el poder, en consonancia con el nuevo «gran relato» sobre la guerra difuso ya en la sociedad española: el del «nunca más guerra civil»²².

²⁰ Véase *vgl. Ante 1965. Mensaje de Franco al pueblo español* (Madrid, Ediciones del Movimiento, 1965, p. 24): «los españoles sabemos que no hay nada más fecundo que la sangre derramada por los mártires [...] los héroes y mártires de nuestra Cruzada».

²¹ JULIÁ, S.: «El franquismo: historia y memoria», *Claves de razón práctica*, 159 (2006), p. 6.

²² RICHARDS, M.: «El régimen de Franco y la política de memoria de la guerra civil española», en ARÓSTEGUI, J., y GODICHEAU, F.: *Guerra civil. Mito y memoria*, Madrid,

Las víctimas y la democracia: «olvidos» y «regresos»

Las presencias y las ausencias de las víctimas, las instrumentaciones y gestiones de las «memorias traumáticas» están fuertemente ligadas, como se ha podido observar, a la intencionalidad política de alimentar con ellas identidades y consensos. Y de esa utilización del pasado y de sus víctimas tampoco se ha librado la España democrática desde finales de los años setenta, pues, de hecho, uno de los consensos más perdurables sobre los que se fundó el proceso democratizador posfranquista fue la clausura del pasado como presente y la no interferencia de la Guerra Civil en el proceso político. La lectura aséptica y equiparadora a la que se hacía mención también fue asumida por la oposición antifranquista, con los evidentes matices, diferencias y precauciones: en el rechazo ético a revivir el conflicto, la renuncia explícita al recurso de la violencia o en la búsqueda de líneas de contacto con la oposición proveniente de, y defraudada con, el poder dictatorial, estaba presente la memoria de la Guerra Civil, pero como referente en negativo²³. Como se señalaba en la declaración del Comité Central del Partido Comunista en junio de 1956, conocida por explicitar la «Política de Reconciliación Nacional», renunciar a la violencia y posibilitar la colaboración con los adversarios políticos serviría para «terminar con la división abierta por la guerra civil y mantenida por el general Franco». Esa propuesta política resulta si cabe más significativa por reconocer una serie de factores objetivos que, a la larga, determinarían el modelo español de transición a la democracia. Por un lado, el recambio generacional en la vida pública y política. Y por otro, el creciente descontento hacia el encorsetamiento político y cultural de la dictadura entre esa generación que no había combatido en la Guerra Civil²⁴. Y con él, el rechazo y el hastío hacia el recuerdo constante, omnipresente, «guerracivilista» y excluyente

Marcial Pons, 2006, pp. 167-200. Los entrecomillados, en SÁNCHEZ LEÓN, P.: «La objetividad como ortodoxia. Los historiadores y el conocimiento de la Guerra Civil española», en ARÓSTEGUI, J., y GODICHEAU, F.: *Guerra civil...*, op. cit., pp. 95-135.

²³ MAINER, J. C., y JULIÁ, S.: *El aprendizaje de la libertad 1973-1986. La cultura de la transición*, Madrid, Alianza, 2000, p. 34, y MUÑOZ, J.: «Entre la memoria y la reconciliación. El recuerdo de la República y la guerra en la generación de 1968», *Historia del Presente*, 3 (2003), pp. 83-100.

²⁴ PRESTON, P.: *El triunfo de la democracia en España, 1969-1982*, Barcelona, Plaza & Janés, 1986.

de la victoria franquista, representado en primera instancia por sus caídos y mártires. La oposición, tanto la clandestina como la «semitolerada», dejó atrás las disputas de los años treinta para adaptarse a las nuevas realidades político-sociales y, en un plano cultural, trató de dejar sin sentido las palabras «vencedor» y «vencido» —parafraseando a Enrique Tierno—. En buena medida, «olvidar» la guerra era rechazar el franquismo²⁵.

El consenso para la no instrumentación política del pasado, de tal modo, tuvo su origen en la oposición antifranquista y empezó a labrarse a la vez que la generación que a la postre protagonizaría la transición a la democracia comenzaba su particular proceso de socialización política²⁶. Y sobre esa premisa, la de dejar atrás la guerra —y de lado a sus víctimas— y clausurarla como pasado, se fundaría uno de los más poderosos elementos culturales de la democratización: la «reconciliación nacional», cuya concreción directa fue la votación de una Ley de Amnistía de octubre de 1977, y que tenía tanto de acción penitenciaria cuanto de «política» hacia el pasado, pues impedía el castigo de los delitos de violencia contra los derechos del hombre y la mujer²⁷. Marcelino Camacho declararía entonces que los comunistas ya habían «enterrado» a sus muertos y que la amnistía cerraba el «pasado de guerras civiles y de cruzadas».

²⁵ Ecos de ese disenso, en GRACIA, J., y RUIZ CARNICER, M. A.: *La España de Franco (1939-1975). Cultura y vida cotidiana*, Madrid, Síntesis, 2003; NICOLÁS, E.: *La libertad encadenada. España en la dictadura franquista, 1939-1975*, Madrid, Alianza Editorial, 2005, pp. 332-408; GRACIA, J.: *La resistencia silenciosa: fascismo y cultura en España*, Barcelona, Anagrama, 2004; YSAS, P.: *Disidencia y subversión. La lucha del régimen franquista por su supervivencia, 1960-1975*, Barcelona, Crítica, 2004; MUÑOZ, J.: *Cuadernos para el Diálogo*, Madrid, Marcial Pons, 2006, o BABY, S., y MUÑOZ, J.: «El discurso de la violencia en la izquierda durante el último franquismo y la transición (1968-1982)», en LEDESMA, J. L.; MUÑOZ, J., y RODRIGO, J.: *Culturas y políticas de la violencia. España siglo XX*, Madrid, Siete Mares, 2005, pp. 279-304.

²⁶ AGUILAR, P.: «Guerra Civil, franquismo y democracia», *Claves de razón práctica*, 140 (2004), pp. 24-33, y JULIÁ, S.: «Echar al olvido. Memoria y amnistía en la transición», *Claves de razón práctica*, 129 (2003), pp. 14-24.

²⁷ BERNECKER, W.: «De la diferencia a la indiferencia. La sociedad española y la guerra civil (1936/1939-1986/1989)», *El precio de la modernización. Formas y retos del campo de valores en la España de hoy*, Madrid, Iberoamericana, 1994; AGUILAR, P.: *Justicia, política y memoria. Los legados del franquismo en la transición española*, Estudio/Working Paper 2001/163, Fundación Juan March, 2001, e íd.: «La amnesia y la memoria: las movilizaciones por la amnistía en la transición a la democracia», en CRUZ, R., y PÉREZ LEDESMA, M.: *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza Editorial, 1997, pp. 327-357. La cita, en JULIÁ, S.: «El franquismo...», *op. cit.*, p. 9.

Para Paloma Aguilar, ese consenso tuvo no poco de una «aversión al riesgo» político determinada por el hecho de que, como se ha señalado, «toda tentación de revisar el pasado había sido extirpada de raíz en las filas de la oposición democrática desde tiempo atrás»²⁸. Y, probablemente, también se fue consciente de su asimetría o, cuando menos, de sus ambivalencias: al margen de los juicios retroactivos y contrafactuales tan difundidos hoy en día²⁹, lo cierto es que esa aversión al riesgo explica que se mantuviese, sin recontextualización alguna ni desactivación de su carga identitaria, la simbología heredada de la dictadura y toda su componente de rememoración de la cesura entre vencedores y vencidos ya observada anteriormente³⁰. Aclara que no se reivindicase como propio el pasado republicano, la tradición antifascista ni su simbología, como elementos fundacionales de la democracia por parte de quienes provenían de la oposición anti-franquista. Y sirve para entender que se «rompiese» simbólicamente con la República y con sus víctimas, renunciando al «garante» de su memoria como factor de legitimación, aunque el paso de la omnipresencia a la invisibilidad de los caídos supusiese, en el caso de las víctimas republicanas, una segunda invisibilidad.

Ciñéndonos a la problemática de las «víctimas», no es necesario denostar ni enaltecer los resultados de la democratización para verificar que en la España democrática no existieron «políticas de la memoria», «políticas hacia el pasado» de «rehabilitación simbólica [...]», reconocimiento público de su sufrimiento, construcción de monumentos y celebración de ceremonias»³¹, en este caso hacia las víctimas

²⁸ AGUILAR, P.: «Presencia y ausencia de la guerra civil y el franquismo en la democracia española. Reflexiones en torno a la articulación y ruptura del “pacto de silencio”», en ARÓSTEGUI, J., y GODICHEAU, F. (eds.): *Guerra civil...*, op. cit., pp. 245-293.

²⁹ Como los de NAVARRO, V.: *Bienestar insuficiente, democracia incompleta. Sobre lo que no se habla en nuestro país*, Barcelona, Anagrama, 2002, e íd.: «La transición y los desaparecidos republicanos», en SILVA, E.; ESTEBAN, A., y CASTÁN, J. (eds.): *La memoria de los olvidados. Un debate sobre el silencio de la represión franquista*, Valladolid, Ámbito, 2004, *passim*.

³⁰ DE ANDRÉS, J.: «Informe solicitado por el Exmo. Ayuntamiento de Guadalajara sobre la posible retirada de las estatuas del General Franco y de José Antonio Primo de Rivera, ubicadas en el espacio público de la ciudad», en <http://www.uned.es/dcpa/jesusdeandres/investigacion/franquismo.htm>, y DUCH, M.: «Toponimia franquista en democracia», en FORCADELL, C., et al. (eds.): *Usos de la Historia y políticas de la memoria*, Zaragoza, Pressas Universitarias de Zaragoza, 2004, pp. 273-286.

³¹ BARAHONA, A.; AGUILAR, P., y GONZÁLEZ, C.: *Las políticas hacia el pasado. Jui-*

provocadas por los vencedores de la Guerra Civil. A nuestro juicio, el consenso en torno a la no revisión del pasado en forma de políticas de homenaje, restitución y pedagogía histórica con el que se trató, posiblemente en falso, de echar el cierre a la guerra tuvo varias consecuencias. Una, el mantenimiento de un imaginario público excluyente y asimétrico. Dos, el mantenimiento de la «invisibilidad» pública de las víctimas antifascistas, relacionada con cierto «indiferentismo moral»³². Y tres, la vigencia de una «falsa memoria» de la guerra y sus consecuencias (víctimas y dictadura), heredera directa de la propaganda dictatorial y de ese «rechazo moral» a la «guerra fratricida»: una implícita identificación en el terreno de los usos públicos del pasado entre la Segunda República y la Guerra Civil, habiendo abierto de tal modo, siempre según esta percepción, el 1 de abril de 1939 el periodo de la Paz sobre el que se sustentaría la «instauración democrática». Una cosmovisión de la historia española que sirvió durante muchos años en democracia para asegurar una presencia pública de la Guerra Civil de «bajo perfil», en consonancia con el afán desmovilizador de las «elites políticas», y que aún hoy muchos defienden en su apuesta por «no pensar, no hablar», por dejar que el pasado sea «una tumba que nadie debería hollar, ni mucho menos remover»³³.

Sucede sin embargo que sobre el pasado se piensa y se habla. Y sucede que en esa estructura cíclica de causa-consecuencia (República-Guerra; Dictadura-Democracia), que la historiografía desmontó hace ya mucho pero que sigue vigente en muchos ámbitos del presente, las víctimas tienen mala cabida. Sobre todo las víctimas republicanas, pues una de las claves de ese «gran relato» (o, por usar los términos en el modo habitual hoy en día, esa «memoria colectiva») radica en infravalorar o, al menos, relativizar los procesos de violencia política desarrollados durante la Guerra Civil y la dictadura, con el objetivo de no considerar la represión franquista como el basamento de la

cios, depuraciones, perdón y olvido en las nuevas democracias, Madrid, Istmo, 2002, p. 44.

³² TUSELL, J.: «El ocaso de la desmemoria», *El País*, 27 de junio de 1997, p. 15.

³³ En palabras del político aragonés del Partido Popular Ángel Cristóbal Montes, en *Heraldo de Aragón*, 8 de agosto de 2004. Sobre esa «falsa memoria», RODRIGO, J.: «Los mitos de la derecha historiográfica. Sobre la memoria de la Guerra Civil y el revisionismo a la española», *Historia del Presente*, 3 (2004), pp. 185-195. La referencia a la desmovilización, en JULIA, S.: «Raíces y legados de la transición», en JULIA, S.; PRADERA, J., y PRIETO, J. (coords.): *Memoria de la Transición*, Madrid, Taurus, 1996, pp. 679-682, cfr. p. 682.

larga duración del régimen. Por ese motivo, y a raíz del más reciente ciclo de exhumaciones de algunas de esas víctimas y de su nueva visibilidad pública, se viene planteando con creciente fuerza la necesidad de un debate en torno al pasado y a los silencios urdidos en torno a ese «trauma» y a esa «supresión de la memoria»³⁴ que sitúe en el primer plano analítico tanto la enorme carga estructural de violencia que sustentó la dictadura de Franco, como la reivindicación en diferentes planos (personal, familiar, asociativo, institucional o político) de las memorias «traumáticas» como configuradoras en el espacio público de las «naciones democráticas fundamentales». Ésos son, de hecho, objetivos primordiales del movimiento familiar, social y asociativo de la «recuperación de la memoria».

Tal es la consigna más empleada a la hora de referirse a la manifestación en el presente del pasado violento y espurio de la Guerra Civil española, la represión franquista y sus víctimas. Una expresión no exenta de problemas epistemológicos que, no sin dificultad —aunque hoy se abuse de la misma—, se ha aceptado consuetudinariamente en los espacios de uso público del pasado para aludir a la reivindicación política, social, cultural y moral de esas víctimas «silenciadas». De hecho, se trata del más importante uso público de la historia actualmente en España, descontando a los nacionalismos³⁵. Un movimiento que, claro está, tiene también una genealogía, aunque en sus formas mayoritarias actuales haya que situar su inicio en torno al cambio del milenio. Durante los gobiernos del Partido Socialista Obrero Español y del Partido Popular las reivindicaciones colectivas, las demandas de justicia moral, restitución simbólica, homenaje y presencia pública de los vencidos en la guerra y la paz tuvieron un relativamente escaso calado político y social, sobre todo en el caso de los gobiernos socialistas, cuyo líder ha declarado reiteradamente que no honrar oficialmente entonces a las víctimas fue un ejercicio de «responsabilidad»³⁶. Ni hubo reivindicación política, ni tampoco tejido asociativo

³⁴ EALHAM, C., y RICHARDS, M.: «History, Memory and the Spanish Civil War: Recent Perspectives», en EALHAM, C., y RICHARDS, M. (eds.): *The Splintering of Spain. Cultural History and the Spanish Civil War, 1936-1939*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005, pp. 1-20, en particular p. 4.

³⁵ Sobre los usos, GALLERANO, N.: «Introduzione» y «Storia e uso pubblico della storia», en GALLERANO, N. (ed.): *L'uso pubblico della storia*, Milán, Franco Angeli, 2005, y TODOROV, T.: *Los abusos de la memoria*, Barcelona, Paidós, 2000 [1994].

³⁶ AGUILAR, P.: «Presencia y ausencia...», *op. cit.* Para los periodos socialista y

que la demandase. Antes de 2000 e incluso en medio del complejo proceso democratizador se habían constituido asociaciones políticas de carácter reivindicativo, integradas en su mayoría, además de por ex combatientes, ex presos políticos o antiguos guerrilleros y enlaces del maquis, por personas cuyo nexo común era no compartir la cosmovisión del «nunca más» —entendida como repartición equitativa de culpas retroactivas— pero pertenecientes, sobre todo, a la generación de hijos de la guerra, con una perspectiva de «activismo por la memoria» enclavada eminentemente en una estrategia de «lucha política». Sin embargo, el verdadero impulso a las reivindicaciones ha sido realizado por los nietos de la guerra, y a través de canales que, si bien son políticos, no se circunscriben a los vehículos «clásicos» de la lucha política (el partido, el sindicato) y que vienen estructurados en discursos de carácter cívico y humanitario, pues tal es la demanda de quienes se han asociado para «rescatar» ese pasado, las familias de los represaliados.

En todo esto, la cuestión generacional está palmariamente clara, incluso en el seno de los partidos políticos que enarbolan la bandera de la «recuperación de la memoria». Si ante el fin cercano de la memoria viva la presencia pública de las víctimas de la guerra ha ido en los últimos años en progresivo aumento, ha sido gracias al empuje de personas pertenecientes a una generación de «nietos de la guerra» que ni ha experimentado el franquismo ni participó en los debates y consensos que desembocaron en la democracia actual. Si la «memoria histórica» o representación social del pasado es, ante todo, la reconstrucción del mismo dentro de un marco de referencia colectivo, podría decirse que más que recuperar, se quiere construir una «memoria» para el futuro. Más que de rememoración (el intento de «aprehender el pasado en su verdad»), las demandas son de conmemoración (la «adaptación del pasado a las necesidades del presente»). Y el vehículo primordial de estas demandas conmemorativas, el punto de arranque, la referencia visual más importante de la nueva presencia de las víctimas de la guerra, ha sido la exhumación, identificación y restitución familiar de cadáveres de las fosas comunes, con un

popular, ESPINOSA, F.: «Historia, memoria, olvido: la represión franquista», en BEDMAR, A.: *Memoria y olvido sobre la guerra civil y la represión franquista*, Lucena, Ayuntamiento de Lucena, 2003, pp. 101-139, y HUMLEBAEK, C.: «Usos políticos del pasado reciente durante los años de gobierno del PP», *Historia del Presente*, 3 (2004), pp. 157-167.

impulso a la vez sentimental, humanitario y político que articula dos ideas-fuerza fundamentales, conciencia histórica y dignidad, y que erige a las víctimas en referentes morales para el presente³⁷.

Las controversias que las exhumaciones de asesinados han despertado en la sociedad y en la opinión pública revelan la centralidad y el peso específico que las «víctimas» tienen en la siempre compleja relación entre pasado y presente, en cuanto garantes de la legitimidad identitaria. Y por otro solamente se explican, dejando al margen los intereses de la inmediata agenda política, por la existencia objetiva de macro-relatos y, por así decirlo, percepciones colectivas del pasado contradictorias entre sí, cuya confrontación es cotidianamente alimentada e instigada en determinados ámbitos periodísticos y bibliográficos. Lo cierto es que, aunque haya quien piense que existe un «silencio ensordecedor» en torno al tema, la presencia pública de sus víctimas ha ido en progresivo —si bien dificultoso— aumento en todos los ámbitos en los que el pasado se manifiesta en el presente (asociativo, historiográfico y, últimamente, oficial) y, en este mismo año, al socaire recurrente de los aniversarios. Tan es así, que se ha hecho *necesaria* la reactivación de los viejos mitos propagandísticos del franquismo para tratar de contrarrestar el público debate en torno a los aspectos más negros de la dictadura y su mito fundacional, la Guerra Civil. De hecho, el «revisionismo» histórico al que venimos asistiendo en los últimos años, si es que se le puede otorgar tal término a la revitalización propagandística de los paradigmas explicativos de la inmediata posguerra, no puede entenderse sino como un intento de intervenir, controlar y contrarrestar el debate público en torno a las causas, las consecuencias y las víctimas de la Guerra Civil. El «revisionismo» no sería consecuencia, por tanto, de debate académico alguno —más bien al contrario— sino sobre todo de la propia

³⁷ El concepto de «conciencia histórica», en FRIEDLANDER, S.: *Memory, History and the Extermination of the Jews of Europe*, Bloomington e Indianapolis, Indiana University Press, 1993. Véase también ASHPLANT, T. G.; DAWSON, G., y ROPER, M.: «The Politics of War Memory and Commemoration: Contexts, Structures and Dynamics», en ASHPLANT, T. G.; DAWSON, G., y ROPER, M. (eds.): *The Politics of War Memory and Commemoration*, Londres-Nueva York, Routledge, 2000, pp. 3-85. Sobre las fosas y la «memoria», FERRÁNDIZ, F.: «La memoria de los vencidos de la Guerra Civil. El impacto de las exhumaciones de fosas comunes en la España contemporánea», en VALCUERDE, J. M., y NAROTZKY, S. (eds.): *Las políticas de la memoria en los sistemas democráticos: poder, cultura y mercado*, Sevilla, ASANA-FAAEE, 2005, pp. 130-132.

«recuperación de la memoria». O mejor, sería una sombra de la misma. Pero no es ésa la única que trae aparejada.

Y es que esta nueva presencia de la Guerra Civil también trae consigo algunas zonas umbrías, cuestiones que pueden convertir el pasado en un campo abonado de estereotipos, mitos y, por qué no, mártires. En un terreno, por tanto, desconocido. Así, por ejemplo, el signo de la memoria tiende a dar tanta presencia a la violencia que ésta pareciera ser el único aspecto a tener en cuenta de la Guerra Civil, transformando en un proceso de dramática hipostatización la violencia política en *toda* la Guerra Civil. Se vuelve así, de algún modo, a esa antigua omnipresencia de las víctimas, y eso puede generar un sentimiento de vértigo, de multiplicación y consumo de los «discursos del trauma» que homogeneizarían a las víctimas en sus mínimos comunes para hacerlas, además de referentes memorialísticos monolíticos —todo lo contrario, por tanto, a la naturaleza misma de la memoria—, *productos* de consumo cotidiano que embotarían la empatía, por saturación³⁸. Esta posible «nueva omnipresencia» de las víctimas puede acarrear, por tanto, la estandarización de las narrativas memorialísticas, mostrándolas sin aristas ni sombras: haciendo, por tanto (y de nuevo), «héroes» a sus portadores y «mártires» a los caídos —cuando no identificándolas en un solo sujeto abstracto, es decir, no distinguiendo entre la víctima *viva* y la víctima *muerta*—. O, por poner otro ejemplo clarificador, en esta «era de la memoria», en la que tan acertadamente ha señalado Julián Casanova que nos hallamos, se tiende a dotar a las víctimas de la violencia franquista de un carácter homogéneo, el de la lucha por la democracia, que resulta ser una simplificación reduccionista³⁹.

Hipostatización, homogeneización y estandarización son tres consecuencias casi insoslayables en cualquier proceso de «recuperación» de la memoria traumática, entendido como el legítimo y humanitario derecho de las víctimas y sus familiares a ser resarcidos públicamente. Sin embargo, otras «sombras» son evitables, como la que asalta, en los últimos tiempos, a este proceso en España: la monopolización presentista del pasado. En las disputas abiertas entre familiares, asocia-

³⁸ ALEXANDER, J. C.: «Toward a Theory of Cultural Trauma», en ALEXANDER, J. C., et. al. (eds.): *Cultural Trauma and Collective Identity*, Berkeley, University of California Press, 2004, pp. 1-30.

³⁹ RANZATO, G.: *L'eclissi della democrazia. La guerra civile spagnola e le sue origini (1931-1939)*, Turín, Bollati Boringhieri, 2004.

ciones, colectivos y el propio Estado por la gestión de esa «memoria traumática» se están revelando, por un lado, los caracteres intrínsecos de la misma memoria y, por otro, las profundas dificultades inherentes a su utilización en el presente. Hay quien piensa que el pasado está sustituyendo al futuro como «lugar de referencia en el debate político»⁴⁰, y lo cierto es que al socaire de las legítimas reivindicaciones de «justicia» y «conciencia histórica» se amparan legitimaciones retroactivas, mitos y maniqueísmos de todo jaez que más que «recuperar», instrumentan el pasado como arma política para el presente. La línea que separa la instrumentación de la manipulación es sin embargo muy sutil: la «memoria colectiva» es una sólida argamasa identitaria para el presente y, más allá de supuestos caracteres «emancipadores» más o menos «populares», también la memoria, la representación social del pasado y de sus «víctimas», o su ausencia, son instrumentos de legitimación del poder o de lucha por el mismo⁴¹.

Es ése el signo caracterizador de esta «consagración universal de la memoria», como la ha denominado Ignacio Peiró. Pero esa consagración tiene no poco de abuso, por utilizar la expresión ya popularizada por Todorov, y de manipulación histórica, de confundir una parte con el todo al pensarse que solamente puede haber —o es legítimo que haya— una sola cosmovisión homogénea —y «justa»— del pasado, una sola «memoria histórica», unas solas «víctimas», sobre todo cuando a éstas, y en función de las necesidades políticas actuales, se les quieren poner los rostros del presente⁴².

⁴⁰ BIRULÉS, F.: «La crítica de lo que hay: entre memoria y olvido», en CRUZ, M. (ed.): *Hacia dónde va el pasado. El porvenir de la memoria en el mundo contemporáneo*, Barcelona, Paidós, 2002, pp. 141-149.

⁴¹ ROSSI, P.: *Il passato, la memoria, l'oblio*, Bolonia, Il Mulino, 1991.

⁴² PEIRÓ, I.: «La consagración de la memoria: una mirada panorámica a la historiografía contemporánea», *Ayer*, 53 (2004), pp. 179-205, y HODGKIN, K., y RADSTONE, S. (eds.): *Contested Pasts. The Politics of Memory*, Londres, Routledge, 2002. También LOWENTAL, D.: *El pasado es un país extraño*, Madrid, Akal, 1998 [1985]; RICOEUR, P.: *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*, Madrid, Arrecife-Universidad Autónoma de Madrid, 1999; JEDLOWSKI, P.: «La sociología y la memoria colectiva», en ROSA, A.; BELLELLI, G., y BAKHURST, D. (eds.): *Memoria colectiva e identidad nacional*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, pp. 123-134, y BLANCO, A.: «Los afluentes del recuerdo: la memoria colectiva», en RUIZ-VARGAS, J. M.: *Claves de la memoria*, Madrid, Trotta, 1997, pp. 83-105.

Conclusión: generaciones

Ayer y hoy, las víctimas de la Guerra Civil han sido y son instrumentales y erigidas en referentes morales, políticos e identitarios colectivos. Durante la dictadura de Franco eso se convirtió en uno de los garantes básicos de su legitimidad: el resultado de todo ese proceso fue la configuración y extensión de una memoria y una representación oficiales de la guerra que se erigió en columna capital del edificio discursivo legitimador de la dictadura, y de las que los crímenes «rojos» y las víctimas «nacionales» eran elementos nucleares. Mientras tanto, la violencia franquista permanecía sumida en un silencio oficial completo y el recuerdo de sus víctimas, nunca evocadas en el plano público y oficial, se diluía entre el miedo, la vergüenza y las conmemoraciones oficiales. Y si esto resulta válido en términos generales —mostrando cómo el Estado de Franco extendía una memoria «total» propia a su naturaleza de régimen totalitario—, se hace particularmente indudable en el plano de los marcos locales y áreas rurales donde habitaba la mayor parte de la población⁴³.

Fueron los propios cambios operados en el seno de la dictadura y, sobre todo, la paulatina emergencia política de una generación que no había vivido directamente la Guerra Civil ni las lealtades y construcciones identitarias implícitas en la victoria franquista los elementos que configurarían una diferente percepción colectiva del conflicto y de sus consecuencias. En buena medida, para la generación de «hijos» de la guerra, rechazarla significaba rechazar la propia dictadura franquista: es decir, «olvidar» la Guerra Civil era en un elemento más de oposición antidictatorial. Pero la emergencia de una nueva generación, la de los «nietos» de la guerra, ha venido a transmutar la hasta hacía bien poco calmada representación oficial del conflicto y su memoria traumática en el presente. Mientras que la generación que protagonizó la transición a la democracia hizo renuncia explícita a la instrumentación política del pasado, con sus costes derivados de la inexistencia de políticas de la memoria e invisibilidad de las víctimas,

⁴³ CENARRO, Á.: «Memory beyond the Public Sphere. The Francoist Repression Remembered in Aragon» y NAROTZKY, S., y SMITH, G.: «“Being político” in Spain: An Ethnographic Account of Memories, Silences and Public Politics», ambos en *History & Memory*, 14 (2002), pp. 165-188 y 189-228, respectivamente, y TRAVERSO, E.: *Le passé...*, op. cit., pp. 54 y ss.

la generación de nietos de la Guerra Civil, despojada de los «lastres» de ese pasado, propone resituar esos paradigmas de la democratización, buscando, además, referentes identitarios políticos para el presente en el pasado: pretende, de tal modo, crear un relato coherente con las propias identidades presentes y colectivas.

El vehículo originario y fundamental de esta nueva presencia de las víctimas de la guerra en el presente ha sido la exhumación de fosas comunes. Se trata hoy de acabar con la invisibilidad pública de las víctimas del terror sublevado y de la dictadura. Sin embargo, y como se ha señalado en este artículo, ese proceso puede acarrear consigo algunos peligros, como la utilización del pasado como arma para defender las identidades «históricas», la deformación presentista del pasado y su apropiación al socaire de legítimas reivindicaciones por «devolver» la historia a sus víctimas o la reducción a maniqueos mínimos comunes analíticos a las víctimas, fuesen del signo que fuesen. Mientras las víctimas de la guerra sean armas para el juego político, para la construcción identitaria, como lo fueron en la posguerra y como lo son hoy para determinados grupos de los que actúan en el ámbito de la «recuperación de la memoria», esas víctimas, el pasado y los valores que representan estarán condenados a la incomprensión.

Como dijera Todorov, los envites de la memoria son demasiado grandes para ser abandonados al entusiasmo o a la cólera. Y tal vez ésa sea la receta, pues, en definitiva, lo que está en juego es algo tan importante como el futuro de la memoria colectiva.